

Los niños gato

Por:

Andrea Millán

Hace mucho tiempo, mi mamá llevó a casa un niño gato.

No era la primera vez que veía uno ni mucho menos. Era fácil percatarse de ellos por sus colas largas y peludas moviéndose con gracia y sus orejas de gato a cada lado de la cabeza.

Solía verlos tan lejanos y distintos a mi como lo sería un extraterrestre.

Pero este niño era aún más distinto que el resto. No solo tenía orejas de gato y cola de gato. Tenía nariz de gato, bigotes de gato, manos y pies de gato ¡Su cuerpo entero estaba cubierto de pelos de gato! Lo único humano en él eran sus ojos brillosos y el andar en dos patas.

Era muy tímido y no le gustaba jugar.

Los niños gato que había visto antes no eran para nada tímidos. Hacían malabares en medio del cruce, limpiaban los parabrisas de los autos, se montaban en el metro a vender chucherías, se asomaban en las vitrinas de los restaurantes a pedir comida.

Pero este niño gato era aún más distinto que el resto.

Solo mi mamá podía sacarlo del rincón del cuarto y sacarle una sonrisa. No le importaba si duraba un día entero en hacerlo sonreír, ella no se rendía hasta conseguirlo. Lo más sorprendente de todo es que con cada sonrisa, el niño gato iba dejando de ser un poco menos gato y se iba convirtiendo en un poco más niño.

—Mamá— la llame una noche antes de irnos a dormir—. ¿Por qué los niños gato tienen orejas y cola de gato? ¿Por qué son diferentes?

Mi madre se sentó al borde de mi cama y pensó unos segundos en su respuesta.

—Son como tú, corazón. Solo que sus padres, por alguna razón, no pueden cuidarlos. Así que se crían en las calles, solos o en casas hogares con muchos otros niños abandonados, y le salen colas y orejas para protegerse ellos mismos.

—Entonces, ¿yo también podría ser un niño gato?

—¿Te sientes amada y a salvo?

—Si.

—Entonces no.

Sus palabras permanecieron en mi mente por mucho tiempo, repitiéndose cada vez que veía a un niño gato en la calle o en clases. Me di cuenta que habían muchos más de los que había percibido antes. Estaban en todos lados, ocultos en las sombras. Corriendo de un lado a otro, jugando, huyendo, trabajando, pidiendo limosna.

El niño gato en mi casa había perdido el pelaje y había comenzado a hablar un poco, casi siempre para responder alguna de las preguntas de mi madre.

—¿Tienes hambre?

—Si.

—¿Te gustan los plátanos?

—No.

—¿Qué te gusta?

—Mangos.

Pensé que yo también podía ayudar un poco, pero no sabía cómo. Los niños gatos habían dejado de ser alienígenas extraños para mí, sin embargo, para ellos quizás yo era igual de lejana y diferente.

Solo pude pensar en una cosa.

Tome mis cartulinas, mis creyones y tijeras y usando todos mis amplios conocimientos en manualidades adquiridos en la primaria me hice unas orejas de gato y una cola de gato. A simple vista se notaban que eran de papel, pero para él eran tan reales como las suyas.

Fue la primera vez que sonrió al verme. Su nariz y bigote de gato desaparecieron. Jugamos por toda la casa hasta quedarnos sin energía.

Con el tiempo, el niño gato en mi casa se convirtió en mi hermano. Solo le quedan los colmillos y es posible que los tenga ahí siempre, hay heridas que nos marcan de por vida pero el amor las convierte en victorias vencidas.

FIN.